

30 AÑOS DE MALVINAS: ENTRE LA FUERZA Y LA DIPLOMACIA

Por Héctor Luis Saint-Pierre



A medida que se aproxima la conmemoración de los 30 años de la Guerra de Malvinas se percibe un aumento en la tensión de la retórica entre Inglaterra y la Argentina. Poco antes de aquella guerra desatada en 1982, Inglaterra había llegado a aceptar iniciar la discusión sobre la soberanía del archipiélago. Después de terminados los combates, llevados a cabo por una sangrienta dictadura, por tanto, por un gobierno ilegítimo, Inglaterra se negó sistemáticamente a sentarse con la Argentina para discutir la cuestión de la soberanía sobre las islas. Ahora este país cuenta con un gobierno democrático y legítimo, que condenó severamente a todos los miembros de la junta militar que arrastró el país a aquella estúpida aventura, pero eso no facilitó el diálogo diplomático entre los países. Son muchos los puntos de vista y también son muchas las cuestiones históricas, jurídicas, políticas que envuelven y complican el debate que tomó cuenta de los titulares de la noticia en la actualidad en la Argentina, en Inglaterra y en varios países, particularmente los sudamericanos. Hoy, que se conmemoran los 30 años del inicio de aquella guerra, y ante la imposibilidad de tratar cualquiera de esos temas en profundidad en el espacio concedido a este artículo y en los estrechos límites de mi conocimiento, me limitaré solamente a apuntar algunos puntos de vistas desde los cuales se podría, con mas tiempo, espacio y ciertamente mas ciencia de la que me asiste, analizar el tema.

Desde el punto de vista político: Como decía Raymond Aron, es difícil, cuando no imposible, trazar con nitidez el límite entre la constelación de motivos internos y externos que puedan ser considerados como las causas adecuadas de un conflicto internacional: situaciones políticas internas pueden condicionar o mismo llevar

a desencadenar un conflicto armado internacional (como la impopularidad de George W. Bush, que lo llevó a invadir Iraq consiguiéndose reelegir; o la búsqueda de oxígeno por parte de la dictadura argentina de aquel entonces, que la lanzó en la aventura militar de las Malvinas; o inclusive la de Margaret Thatcher que la llevó a decidir por una respuesta tan enérgica en el caso de las Malvinas e, como consecuencia, ganar la reelección y conferir una sobrevida al en aquel entonces decadente neo-liberalismo). Del mismo modo, muchas veces las guerras entre las naciones pueden acarrear dramáticas modificaciones políticas internas, que mudan definitivamente el destino de un país (como la caída de la dictadura argentina después de la Guerra de las Malvinas). En el caso de la situación actual de las Malvinas, que estamos analizando, la provocación militar (con el notorio aumento de la militarización del archipiélago) y la elevación del tono de la retórica empleada por la Gran Bretaña, puede tener como objetivo desviar la atención de la crisis económica europea y la falta de respuestas a la misma por el gobierno inglés. Por su vez, la energía de los discursos de la presidenta argentina Cristina Fernández de Kirchner, aunque acotados al ámbito diplomático, pueden estar buscando tensionar las riendas de la legitimidad y la gobernabilidad —a través del consenso del tema en la sociedad argentina— mas que la recuperación de la soberanía sobre las islas. De acuerdo con este análisis, ambos gobiernos estaría trayendo aquella guerra a la memoria de sus sociedades, no apenas por una conmemoración histórica o un cuestionamiento político internacional sobre soberanía territorial, sino también para alcanzar algunos objetivos políticos internos.

Desde el punto de vista económico: Cuando en 1833 los ingleses ocuparon las islas Malvinas, ese archipiélago tenía poco interés económico, a no ser como escala técnica en largos viajes de circunvalación o como puerto relevante del control del estratégico pasaje entre el Océano Atlántico y el Pacífico. Mas adelante, con el inicio de las excursiones científicas y la posterior ocupación del continente antártico, esas islas ganaron alguna relevancia también como elemento de legitimación de la proyección geográfica sobre la Antártica. En la actualidad, la demanda por proteínas tornó a la riquísima zona ictícola en vuelta de las Islas codiciada por grande barcos pesqueros del todo el mundo que rastrillan sus aguas, sin preocupación ecológica ni con la sustentabilidad de los cardúmenes ni con el delicado equilibrio de los ecosistemas que rodean las islas. Mas recientemente, se evalúa la viabilidad técnica y económica de la extracción de hidrocarburos que fueron detectados en el fondo marítimo de las Islas que

la Argentina reclama como proyección oceánica de su plataforma continental. La cantidad de las reservas de hidrocarburo no es calculada con precisión, pero se estima importante y ya comienzan los primeros anuncios prospectivos.

Desde el punto de vista diplomático: La República Argentina es enfática y retóricamente convincente sobre su decisión de continuar reclamando su alegada soberanía sobre las islas exclusivamente en el plano diplomático, recusando vehementemente el empleo de la fuerza para conseguir su cometido. En realidad, la solicitud explícita del gobierno argentino, en la actualidad, apunta a un objetivo mas modesto y menos discutible: no es directamente la reclamación sobre la soberanía de las Islas Malvinas, mas apenas la retomada de las negociaciones con Inglaterra sobre ella. Sin embargo, tal vez sin advertir que en el mundo actual los vectores de poder están cambiando y que la diplomacia de las cañoneras ya es inaceptable, Inglaterra se recusa a sentarse a negociar. Gran Bretaña ha ignorado sistemáticamente las recomendaciones de la ONU para que inicie las negociaciones con la Argentina y, en cambio, aumenta provocadoramente su proyección de poder en la región, concentrando en las islas mas poder que cualquier otro país sudamericano, inclusive con armamento muy sofisticado y nuclear. La otrora gloriosa diplomacia inglesa se perdió en el tiempo en que el colonialismo definía la retórica. En un inequívoco gesto de torpeza diplomática, el Primer Ministro del Reino Unido, David Cameron, acusó al gobierno argentino de ‘colonialismo’ por su pedido, ante las organizaciones internacionales, para retomar las negociaciones con los británicos. Sin embargo, varias instancias internacionales, desde las multilaterales regionales como el MERCOSUR, la UNASUR y su Consejos de Defensa Suramericana, hasta las instituciones globales, como la ONU, apoyan el reclamo pacífico de la Argentina y pidieron a Gran Bretaña para que acepte reiniciar las negociaciones sobre el reclamo argentino. Desconsiderando el peso del MERCOSUR como actor internacional y la capacidad de sus miembros de operar disuasivamente “por líneas exteriores”, el Casiller británico, William Hague, advirtió a los países sudamericanos para que no se tornen “cómplices” de la Argentina con la actitud de cerrar sus puertos a barcos de banderas de las Malvinas. La respuesta regional a esta bravuconada, poco diplomática en la boca de un Canciller británico, fue la solidaridad regional a la posición argentina.

Desde el punto de vista de la Seguridad Internacional: En una resolución inédita dentro de la Asamblea General de las Naciones Unidas, el 13 de septiembre de

2007, en su 107º sección plenaria del Sexagésimo Primer periodo de sesiones, fue aprobada la resolución A/61,L.66 que establece la Zona de Paz y Cooperación del Atlántico Sur. Antes de eso, el 24 de julio de 1999, el Consejo de Seguridad Permanente de la Organización de los Estados Americanos reconoció la “Declaración Política del MERCOSUR, Bolivia y Chile como Zona de Paz y libre de armas de destrucción en masa”, decidida por los miembros del MERCOSUR ampliado un año antes. La declaración de Lima, del 13 de mayo de 2011, fortaleció la idea de Sudamérica como zona de paz para el ámbito de la UNASUR y del Consejo de Defensa Suramericano. Esta densa trama de camadas normativas es suficientemente clara sobre el deseo de los Estados y los pueblos, no solo sudamericanos, sino también del mundo, de que la región se vea libre de las amenazas de corridas armamentistas y de otros emprendimientos militares que puedan colocar en riesgo la anhelada paz en la región. Esto no solo excluye el armamentismo, sino también el acenso retórico que amenace abandonar el ambiente diplomático. Sin embargo, el Reino Unido ha venido aumentando sistemáticamente su capacidad militar en las Islas Malvinas de manera constante y consistente, enviando a la región su mas sofisticado armamento naval y, los indicios indican, también nuclear.

Desde el punto de vista estratégico: Poco antes de la fatídica fecha del 11/09 del 2001, en el Congreso de los Estados Unidos se discutía el futuro de la proyección estratégica nacional, en un momento de expresivo aumento de la tensión con la República Popular de China. En el ápice de esa tensión, fue derribado un avión espion norte-americano sobre una isla perteneciente al territorio chino. En aquella discusión, el frente de proyección principal de la estrategia se configuraba teniendo como óbice el crecimiento de la China y, con las velas infladas por el estímulo de las industrias navales del oeste norteamericano, el escenario de proyección estratégica que se consideraba era el Océano Pacífico. Después del 11/09 y de una década en la cual la hiper-potencia se debatió frenéticamente en el laberinto estratégico de una declarada “guerra contra el terror”, que acabó dejando el mundo menos seguro y mas inestable, al final de un largo período de torpezas estratégicas que dejaron la marca de su incompetencia en el Medio Oriente, los Estados Unidos de América vuelcan nuevamente sus reflexiones de seguridad hacia el gigante asiático. Bajo esta óptica estratégica, la militarización del archipiélago del sur por Inglaterra parece funcional y coherente con aquel frente de proyección estratégica. En efecto, además de controlar el

acceso al Pacífico por el sur del continente americano, la robusta base militar inglesa instalada en las Islas Malvinas, cuando triangulada con otras islas del Atlántico Sur y próximas de la costa africana, también ocupadas por bases inglesas, constituye un tapón blindado para el flujo marítimo, tanto comercial cuanto militar, que circula por el sur del continente africano, actualmente tránsito obligatorio para mas del 80% del comercio chino que circula por el mundo.

Conclusión: Aparentemente sin muchos argumentos de peso (lo que explicaría su recusa a sentar para negociar) y con evidentes muestras de falta de preparo diplomático, el mejor escenario para Gran Bretaña pasa a ser el aumento de la tensión mediante la provocación retórica, la amenaza y la militarización del conflicto, donde la Argentina no tiene los medios ni la predisposición para la disputa. Por su vez, para la Argentina, el escenario preferido declarado parece ser el ambiente diplomático, donde puede colocar todos los argumentos y los apoyos internacionales a favor de la posición que viene defendiendo históricamente por las vías pacíficas. En 1982, la dictadura militar argentina, que se ufanaba por su victoria militar en la “guerra sucia”, por haber sido implacable para torturar y matar estudiantes, sindicalistas y militantes políticos, secuestrar y adoptar los hijos de las jóvenes detenidas, mostró su cobardía e incapacidad militar para enfrentar un ejercito regular miembro de la OTAN. La dictadura fue militarmente derrotada en las islas, lo que la llevó a perder el poder en el que pretendía perpetuarse con la invasión a las islas. Ese vergonzoso fracaso, hoy hecho público en los volúmenes del informe Rattenbach, permitió el colapso del régimen y la emergencia de una democracia políticamente floreciente. En aquel anode 1982, Inglaterra mostró que contaba con la capacidad militar para mantener sus anacrónicas pretensiones colonialistas y que contaba con en apoyo incondicional de los Estados Unidos como aliado. Consiguió reelegir para un segundo mandato a una Margaret Tacher, bastante desprestigiada antes de la guerra, y dar una sobrevida para el programa neoliberal, auxiliada triangularmente por sus principales aliados en aquella conflagración: Donald Reagan en los Estados unidos y el dictador Gral. Augusto Pinochet en Chile, su estratégico aliado sudamericano.

Sin embargo, en el 2012, el neoliberalismo yace hundido por la crisis financiera internacional del 2008, Inglaterra se mantiene la menos europea de los europeos y se aísla internacionalmente al ofrecer muestras inequívocas de incomodidad para tratar diplomáticamente el caso de las Malvinas. Por su vez, el gobierno argentino presenta

una Cristina Kirshner legitimada en su presidencia por una inédita mayoría de votos, una Argentina integrada con sus vecinos y políticamente activa en los foros regionales, que elije la arena diplomática como foro adecuado para presentar su demanda.

Puede ser que Argentina cuente con las razones, justificaciones y hasta el derecho de soberanía de su parte, como también con el notorio apoyo de los foros regionales y globales para sus pretensiones sobre las Islas. Pero esa condición no significa que por ello esté mas cerca de conseguir la satisfacción de su demanda. Por el contrario, la violencia y la prepotencia, a veces disfrazadas con el noble principio de la “responsabilidad de proteger”, porfían en transformar el mundo contemporáneo en un ambiente donde la ley que vale es la del mas fuerte. No obstante ello, mantener sus reclamaciones enérgicamente, sin abandonar el plano diplomático, es una obligación histórica, política y moral de la cual la Argentina no puede claudicar.